

SEGUNDA

PARTE

PEQUEÑOS EPISODIOS DE UNA VIDA GRANDE

CONTIGO  
TODO ES POSIBLE

MADRE TERESA

GERHARDINGER

1797-1879

HERMANAS DE LAS ESCUELAS  
DE NUESTRA SEÑORA  
- ARGENTINA -

Atardece en el amplio jardín de las Hermanas.

La brisa juega suavemente con las ramas del sauce, a cuyo pie está acurrucada Kathi, perdón: la Hermana Edmunda, pues así se llama, desde que lleva el velo blanco de las novicias. Un arroyo atraviesa el jardín, y ella se ha sentado en su orilla con un libro de espiritualidad religiosa. Pero se ha olvidado del libro; sus ojos y su mente han quedado cautivados por aquella ventana abierta en la buhardilla de una minúscula casa.

Sí, el convento de Au, que por el momento funciona como Casa Madre, dispone de un hermoso terreno. Allí encuentran las trece novicias y las cuarenta candidatas trabajo y descanso. Allí resuenan sus risas y sus oraciones. Allí pueden respirar hondo y moverse a gusto... menos mal, porque la casa es tan chica que una buena parte de las candidatas tiene que ir a dormir en las casas de gente amiga. Las siete Hermanas se restringen en todo lo posible para favorecer a la juventud de la congregación, y más que ninguna lo hace la Madre Teresa. Ella, siendo la Superiora General, ha elegido para sí misma la pieza más estrecha y más incómoda, precisamente aquella, de cuya ventana ha quedado prendida la mirada pensativa de la Hermana Edmunda.

Hay un secreto, un secreto que sólo deberían conocer Jesús y ella misma. Pero parece que Jesús se lo ha contado a la Madre Teresa; sólo Él pudo haber sido, pues nadie más lo sabía.

La cosa fue así: en el invierno pasado, la Madre Teresa estuvo gravemente enferma. El médico ya no daba ninguna esperanza. Entonces la Hermana Edmunda se arrodilló en la capilla y le dijo al Señor: "Tú sabes, cuánta falta hace la

Madre para la congregación... Por favor, ¡haz que ella sane y toma mi vida en lugar de la suya!” Lo dijo con toda la seriedad de su corazón, y así parece que Dios lo aceptó, pues desde ese mismo día, la Madre Teresa fue mejorando, mientras Edmunda enfermó. Nadie se explicaba por qué, pero el diagnóstico del Doctor Martín era: “Tuberculosis galopante”, y: “no más de dos semanas de vida”. La joven enferma sonreía feliz: sólo ella sabía...

¿Sólo ella? La Madre Teresa la miraba, con ese mirar tan hondo que calaba hasta el alma... Finalmente dijo: “¿Crees que no sé lo que has hecho? A este precio no quiero mi vida. Recuerda que Dios no tiene necesidad, ni de ti, ni de mí. La congregación es obra suya. Tú tienes que obedecer. Vete ahora, ponte en el mismo lugar en la capilla, y pide a Dios que te devuelva la salud, que te hará falta para cumplir las tareas de una Hermana de las Escuelas de Nuestra Señora. Darás clases tus buenos cincuenta años, y ¡no le mandes tú a Dios lo que tiene que hacer!”

¡Ay!, pobre Hermanita Edmunda... Ya creía palpar el cielo con las manos... y, para decir la verdad, era tan lindo sentirse valiente y generosa... Pero la Madre Teresa le había dado una orden, y debía cumplirla...

Y Dios aceptó por segunda vez el sacrificio de la joven novicia: sorpresivamente, como había aparecido su enfermedad, desapareció, y las dos siguieron sirviendo a Dios y al prójimo en una vida muy activa: la Madre Teresa, treinta y siete años más, y la Hermana Edmunda, según el presagio de la Madre, un buen medio siglo: exactamente, cincuenta y seis años.

## 2

Munich, 1843.

Si los venerables muros del convento “del Anger” pudiesen sentir como nosotros, ciertamente temblarían de alegría: después de casi medio siglo de abandono, en el Anger vuelve a pulsar la vida, ¡y qué vida!

Gracias al amor desbordante de la Madre Teresa, gracias al impulso entusiasta de sus jóvenes seguidoras, y gracias a la comprensión y generosidad del Rey Luis que las apoya en todo, hay un enjambre impresionante de chiquillas: está la escuela primaria, y la escuela de labores, y la escuela de música, y de dibujo, y... y, al mediodía, ¡la “escuela de sopa”!

Es que la Madre Teresa, al ver la cantidad enorme de criaturas pobres, hambrientas y abandonadas que vagan por las calles de Munich, decidió abrir a ellas la puertas de su colegio a la hora del mediodía, y las “clases” consistían en unos sabrosísimos platos de comida caliente, servidos con ese cariño que tanta falta les hacía. Más tarde, el municipio de Munich encontró bueno el invento de la Madre Teresa y también instaló comedores escolares en muchas de sus escuelas.

Hay también un buen número de pupilas. La encargada del bienestar y crecimiento físico y espiritual de las menores es la joven Hermana Carolina Friess. ¿Quién es la Hermana Carolina? Esa mirada, ya profundamente seria, ya desbordantemente picaresca, la conocemos: es Josefa, la que ha completado su noviciado en el suburbio del Au, junto con Kathi, ahora la Hermana Edmunda, y varias otras jóvenes. En esa temporada de bendición ha acumulado mucho amor en su corazón, y ahora lo vuelca en el grupo de

pequeñas que la Madre Teresa le ha confiado. Las chiquillas la quieren con locura: la imitan en todo: la mirada, la sonrisa, la manera de menear la cabeza, el modo de juntar las manos en la oración... Las más entusiastas están diciendo que quieren ser Hermanas como ella, y no en todas es un mero entusiasmo.

En el grupo de las pupilas mayores, que está bajo el cuidado de la Hermana Foreria, hay varias que han pedido con insistencia a la Madre Teresa que les permita pasarse al grupo de las candidatas. La Madre Teresa suele mirar largamente a cada una, y luego les dice: "Tú, Ana, serás una buena madre de familia. Tú, Rosita, serás maestra, pero el lugar que Dios te preparó no está entre nosotras. Margarita, tú, sí, prepárate para seguir al Señor en la vida religiosa".

Y la Madre le ayuda a prepararse, pero no con privilegios y mimos, sino dándole más ocasión que a otras para ejercitarse en la generosidad, la abnegación y la humildad. Recién cuando Margarita haya aprendido a amar a Dios y al prójimo de un modo más fuerte, más auténtico que las otras chicuelas, y además tenga la edad de dieciséis años, entonces sí: ¡qué alegría para ella y para todas!, entonces entrará a formar parte del grupo de candidatas que se dedican de lleno a la preparación para la vida religiosa.

### 3

Baltimore. Nos encontramos en Baltimore. Pero no en la populosa y moderna ciudad actual de Baltimore, sino en el Baltimore de mediados del siglo pasado. Es una de las tantas ciudades americanas que como hongos en días húmedos aparecían, crecían con rapidez deslumbrante y arrollaban a

todos, especialmente a los inmigrantes europeos recientemente llegados.

Europa está pasando por una temporada de gran pobreza. Muchos muchachos campesinos y matrimonios jóvenes, carentes de medios materiales, pero ricos en esperanza y buena voluntad, han dejado su terruño para buscar el progreso en el Nuevo Mundo. Y es así que en las calles y plazas de Baltimore usted tropieza con una mezcla increíble de lengua, de trajes y de fisonomías diferentes...

Es el inglés el idioma que predomina, pero apenas, pues hay por todas partes grupos de inmigrantes que hablan italiano, alemán, francés, español... Hablan, cada uno en su idioma y con sus compatriotas, de sus ilusiones y de sus decepciones, de sus primeras impresiones en el país de sus sueños, de sus experiencias muchas veces dolorosas...

A cada paso tropiezan con dificultades de toda índole, con incomprensión y rechazo. Peor es la situación de los que no entienden bien el inglés, y peor aún la de los que, además de la nostalgia de la patria lejana, sufren la marginación y hasta la hostilidad de los nativos por su fe católica, que éstos no comparten ni toleran. Y hay una preocupación más que surge en los que ya han llegado hace algunos años: han nacido sus hijos, americanitos por cierto, pero... ¿quién le enseñará a vivir en la tierra nueva sin perder los valores que sus padres trajeron como herencia sagrada de sus antepasados?

Hay en medio de la Selva de Pensilvania un pueblito, Santa María, cuyos pobladores, todos inmigrantes alemanes, han pedido muchas veces y con insistencia a los Padres Redentoristas de Baltimore: "Mándennos a alguien que

enseñe a nuestros hijos a leer y a escribir, a amar a Dios y al prójimo, y a trabajar honradamente!”

Los Padres Redentoristas conocen muy bien la clamorosa necesidad de estos colonos que viven en la mayor pobreza en Santa María. No hay escuela ni maestros allá en el bosque inhóspito, y ¡menos para los chicos de los despreciados inmigrantes!

Se lo cuentan a su Padre Provincial, el Padre Held, que por unas semanas se encuentra entre ellos. “Lo que haría falta allá, dice el Padre Provincial, es un grupo de mujeres valientes y decididas, bondadosas y abnegadas, y que fuesen muy hábiles como maestras, pues los años de vida lejos de todo recurso cultural han marcado con un cierto salvajismo a esos pobres chicos...”

El Padre Held se pasa pensativo la mano por el mentón, y luego dice: “Dentro de muy poco tendré que volver a Alemania. Trataré de encontrar a alguien que pueda y quiera compartir la pobreza de los colonos de Santa María de Pensilvania”.

Pasan unos meses. El Padre Provincial de los Redentoristas, de vuelta a Europa, ha traído consigo la preocupación por los problemas de los colonos de Santa María. Al pasar por Munich, se dirige nada menos que al Rey de Baviera, Luis I: “Necesitamos escuelas católicas para los chicos católicos en América, escuelas donde se les enseñe todo lo bueno, y en alemán, pues otro idioma no entienden. Si no les ayudamos, perderán la fe en Dios y la esperanza en el porvenir. Necesitamos maestras que tengan a la vez la dulzura de las madres y la robustez de los robles, pues la vida es muy dura allá... Majestad, ¿habrá alguien que pueda

socorrer a nuestros compatriotas necesitados? Lo mejor serían religiosas...”

Y el Rey Luis no titubea un momento: “Lo que ellos necesitan, son Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora, y ¡las tendrán! Vaya usted al Anger, Padre, y hable con la Madre Teresa. Estoy seguro de que ella no le va a fallar”.

Y al Anger fue el Padre Held, lleno de esperanza nueva para sus pobres de América.

## 4

18 de junio de 1847. Son las tres de la mañana.

A esta hora suelen respirar silencio todos los rincones del convento del Anger en Munich. Pero hoy no es así: se ven luces, se oyen pasos y voces, puertas que se abren y se cierran y, ¿será posible?, sí, también sollozos ahogados. Parece tratarse de una despedida, una despedida para largo tiempo, o tal vez para siempre. Y así es: lo atestiguan las dos diligencias que esperan frente a la puerta de la Casa Madre.

El Barón von Schroeter, que ha venido desde Baltimore para buscar un grupo de Hermanas de las Escuelas, sonrío satisfecho, el cochero acorta la espera tomando un poco de rapé y los caballos dan a entender con el movimiento impaciente de sus cascos que están dispuestos a partir.

Un último abrazo, una última bendición para las Hermanas tan queridas que quedan en Munich, y la Madre Teresa tiene que desprenderse de ellas y subir al carruaje. Cinco Hermanas suben con ella – no, cuatro: la quinta es una novicia, la Hermanita Emanuela. También el Padre Matías

Siegert sube a una de las diligencias: las acompañará un trecho, para que la despedida sea menos costosa.

Hace casi dos años que el Padre Held, Provincial de los Redentoristas, por primera vez manifestó su preocupación por los hijos de los colonos alemanes en América. Cuando la Madre Teresa contó a las Hermanas de la pobreza, las dificultades y los peligros constantes en que vivían las familias de inmigrantes que reclamaban su ayuda – pobreza, dificultades y peligros que esperaban también a las Hermanas que irían allá por amor a Dios y a los hermanos necesitados, ¡cómo brillaban los ojos de todas! Luego, la Madre les preguntó, si alguna de ellas estaría dispuesta a dejar para siempre la patria para servir a Jesús en los más pobres, más abandonados en América. Fueron tantas las respuestas entusiastas y generosas, que la Madre no sabía, a quién dar la preferencia. Finalmente eligió a la Hermana Bárbara, una de sus primeras compañeras de Neunburg, a las Hermanas Magdalena y Serafina y - ¡pero si apenas tenía más de veinte años! – sí, también aceptó el ofrecimiento de la joven y fogosa Hermana Carolina.

Desde entonces, las cuatro felices misioneras se fueron preparando para su nueva tarea en el Nuevo Mundo, mientras la Madre Teresa no perdía oportunidad de allanar dificultades y asegurar de antemano las condiciones mínimas para el logro de la misión.

La Cooperativa de Inmigrantes de Baltimore, representada por el Barón von Schroeter, se comprometía a donar un terreno en Santa María y, además, material de construcción. La Asociación Misionera “San Luis” se hizo cargo de los gastos del viaje. El arquitecto de la Corte Real colaboró con su saber, elaborando un plano para escuela y convento. Otros amigos trajeron muchos objetos útiles para

casa y capilla. Para que no faltara la bendición de la Madre del Cielo, cinco candidatas hicieron una peregrinación a Altötting, el santuario más querido del pueblo de Baviera.

Con todo, suspiraba la Madre Teresa, será extremadamente duro, sobre todo en el comienzo. Las acompañaré: me quedaré con ellas unos meses, o tal vez un año... La novicia María Emanuela nos podrá acompañar y luego regresar conmigo...

“¿Todo listo?” grita el cochero. Y las dos diligencias se ponen en marcha, rumbo al norte.

## 5

Nuevamente, la Madre Teresa está navegando. Esta vez es el océano Atlántico cuyas aguas mecen la embarcación, y ésta ya no es una rústica balsa del Danubio, sino el vapor Washington, hermoso, grande y fuerte, capaz de hacer en pocas semanas la travesía desde Bremen a Nueva York, si los vientos son favorables.

Por esta vez, los vientos no lo son, y el viaje dura más de un mes. Hay días y noches en que las olas parecen querer jugar a la pelota con el barco. Como si esto fuera poco, una madrugada las viajeras ven a gran distancia un buque que se está hundiendo, sin que nadie pueda llegar a tiempo para auxiliar.

La Madre Teresa, que ya tiene cincuenta años y cuya salud está quebrantada desde hace tiempo, pasa la mayor parte del viaje con alta fiebre en su camarote, “como Jonás en el vientre del monstruo marino”, bromea, para disimular su malestar y su extrema debilidad. “Suban ustedes a la

cubierta, Hermanas, para ver las maravillas del Señor en el mar; yo tendré que conformarme con alabar su poder y su grandeza que se hacen visibles en las tormentas”.

La Hermana Carolina y Emanuela, la novicia, no se cansan de mirar y admirar las olas y las nubes reflejadas en ellas, el sol que antes de ocultarse dibuja una larga estela brillante sobre la superficie del mar, el horizonte sin límites... y en más de una ocasión se les escapa una diáfana canción de alabanza al Creador de tantas maravillas.

Cuando luego se acuerdan de su Madre enferma, bajan los ojos y la voz para suspirar preocupadas: “Desde que partimos, parece haber envejecido diez años... ¡Con tal que llegue con vida!”

Sí, llega con vida, aunque extremadamente debilitada. En cambio se enferma la más joven de la expedición, Emanuela, la novicia, y muere antes de que lleguen a su destino. En Harrisburg tienen que enterrarla, acompañadas sólo por una mujer del pueblo que tímidamente trae un ramo de flores silvestres.

Y sigue el viaje en viejos, desvencijados carros campesinos, a través de la tierra inhóspita de Pensilvania – dos días más. La meta, se les dice, es la ciudad Santa María.

“¿Falta mucho para llegar?” pregunta la Hermana Carolina. Y con asombro se entera de que ya han atravesado la mayor parte de la ciudad – algunas chozas dispersas entre los troncos quemados de un desmonte.

Al caer la noche, el carro para ante un terreno cercado. Dentro hay una choza adornada con una cruz. “Es aquí”, les dicen.

¿Es aquí? - ¿en medio de cardos, entre zarzas y casuarinas? -  
¿esta choza mísera...?

Entran – y olvidan el cansancio y la decepción: Desde un humilde altar les sonríe la imagen de María, la Inmaculada, la Reina del Cielo – su madre.

## 6

El Excelentísimo Señor Obispo de Pittsburg está indignado. ¡Como si no bastaran los dolores de cabeza que le causan las hostilidades de las innumerables sectas, o la indiferencia religiosa de tanta gente ahogada por la pobreza y el contagioso trajín americano, o la escasez de sacerdotes para atender a los católicos que viven dispersos en el vasto territorio de su Diócesis...! ¡Tenía que venir ahora el Superior de los Padres Redentoristas para anunciarle la llegada de un grupito de religiosas desconocidas, inesperadas – y - ¡para colmo! – alemanas. ¿Qué quieren éstas aquí? ¿Hacerse la América como otros tantos ilusos que creen que con sólo venir al Nuevo Mundo todos sus problemas se solucionan como por encanto? ¡Oh!, no, la vida es dura en la América del siglo XIX, y más dura para los inmigrantes europeos. Llegan sin dinero, sin experiencia, sin conocidos por aquí... con frecuencia, hasta sin fuerzas suficientes, porque la larga travesía en condiciones paupérrimas ha dejado sus huellas en sus cuerpos y en sus almas...

El Señor Obispo suspira profundamente: hace días le volvieron a presentar uno de esos casos desesperantes de cuatro pequeños huérfanos cuyos dos padres han muerto a pocas semanas de haber llegado al país...

Sí, todo está lleno de problemas graves, y ahora... ¿Qué hacer con estas piadosas mujeres? ¡Alemanas! Hay en la Diócesis algunas monjitas irlandesas. ¿Se entenderán? ¿O vivirán peleándose? El Señor Obispo se hace pocas ilusiones; no cree que mujeres, y para colmo de diferente nacionalidad, puedan ser capaces de encontrarse en paz.

El Señor Obispo frunce el ceño y sacude la cabeza. Al fin se vuelve hacia su visitante: “¿Cómo me decía que se llama esa congregación?”. “Hermandades de las Escuelas de Nuestra Señora, Monseñor”, responde el Padre suavemente.

“¡De las Escuelas! ¿Escuelas? Supongo que pensarán enseñar en alemán... ¿no? “ - “Esto Podría ser la solución necesaria para los inmigrantes alemanes, Monseñor...” - “¡Qué solución innecesaria!” Monseñor le interrumpe abruptamente. “Los inmigrantes alemanes tienen que aclimatarse, hacerse americanos!”

El Padre Superior posee no sólo la humildad, sino también la audacia de los santos, y así es que se anima una vez más a responder: “Ciertamente, Monseñor, pero hasta tanto necesitan a alguien que comprenda y comparta su idioma y sus nostalgias, sus padecimientos, sus desalientos y miserias... y que en medio de tan dura lucha les ayude a conservar la fe y las costumbres cristianas...”.

“Si al menos tuviesen una regla aprobada por la Santa Sede”, refunfuña el Señor Obispo. “No la tienen, Monseñor – todavía no. La congregación es muy joven aún”. “Con más razón les desconfío. No, Padre, aquí en Pittsburg no las quiero”.

“No las quiere”, tiene que decirles, lleno de pesar, el Padre Neumann a la Madre Teresa y a sus misioneras.

“No nos quieren”, repiten ellas cabizbajas, y la tentación del desánimo golpea a sus corazones.

Pero la fe fuerte de la Madre Teresa y el entusiasmo juvenil de la Hermana Carolina pronto triunfan de la tentación, y tras ellas también las otras tres lo afirman: “Es el Señor quien nos ha traído aquí... Él convertirá nuestro dolor en gozo... ¡Quedaremos!”.

## 7

¡Quedaremos!

Ha pasado casi un mes desde que la Madre Teresa y sus cuatro pioneras han tomado esta valiente decisión. Entre tanto, el Padre Juan Neumann, tan tenaz y tan generoso como ellas, no ha mezquinado esfuerzos. Él nunca ha dudado de la importancia de ese grupito de monjas extranjeras. Sobre todo la Superiora le ha llamado la atención desde el primer encuentro. Inteligente y audaz, y a la vez suave, humilde y abnegada, le recuerda la “Mujer Ideal “ de la Biblia. Siempre le ha gustado saborear estas preciosas estrofas del libro de los Proverbios, capítulo 31.

Y el Padre Neumann, ese cura petiso que nunca descansa, ese santo de mirada profunda, de sonrisa comprensiva y gesto alentador, que conoce la grandeza de lo pequeño en el Reino de Dios – él consigue al fin del Señor Obispo de Baltimore el permiso de confiarles tres escuelas en esa ciudad y aún de venderles la vieja casona que su comunidad redentorista posee cerca de la iglesia de Santiago.

El Padre Neumann, Superior de los Redentoristas en América, sabe que la Madre Teresa no tiene dinero. “No hay ningún apuro”, sonríe, mientras piensa: “Ojalá pudiese regalarles la casa”. Pero la Madre Teresa sabe lo que el Padre no quiere decirles: que los Redentoristas americanos son casi tan pobres como ella misma.

¿Qué hago?, suspira. ¿Abusar de la generosidad de los Padres? ¡No, jamás! Pero, de dónde sacar tanto dinero?

Al fin se ilumina su rostro: ¡El Rey Luis de Baviera! Él les ha prometido no olvidarse de ellas cuando estén lejos y necesitadas. ¿No sería éste el momento de acudir a él?

Con su mejor caligrafía, la Madre le escribe aquella misma noche una carta donde explica a Su Majestad la situación. Y el Rey no se hace rogar: tan pronto como la distancia lo permite, la Madre Teresa recibe su ayuda y la de sus compatriotas, a quienes el Rey Luis logra interesar por su obra misionera en la lejana América.

## 8

La joven y bulliciosa Hermana Carolina y la Hermana Magdalena, algo mayor y más reposada, se encuentran envueltas en una aventura nueva. Como al fin el Señor Obispo de Baltimore consiente en que las Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora pongan a prueba su habilidad pedagógica, la Madre Teresa ha elegido a las dos para compartir con ella el experimento. Es algo inaudito: tres monjitas de un convento que recién se instala – y ¡cada una yendo a enseñar en otra parroquia de la ciudad! ¿Qué diría doña Úrsula, el periódico viviente de Neunburg? ¡Si las viera en esas calles!

La Hermana Carolina mira de reojo a la Hermana Magdalena – pero en seguida desaparece la risa juvenil de su rostro, pues ve que la Hermana Magdalena está muy lejos de encontrar cómicos los incidentes de sus recorridas diarias. Ella está indignada. Casi no hay día en que no tengan que abrirse camino entre burlas e insultos de una muchachada insolente. Hace poco, la misma Hermana Carolina fue lastimada por una piedra arrojada contra su cabeza, y no es raro que les tiren barro desde algún escondrijo o aun abiertamente.

“Nos odian por católicas y por extranjeras”, suspira la Hermana Magdalena.

“Sí, nos odian”, tiene que reconocer la Hermana Carolina. “Como a Jesús nuestro Señor”, sonrío la Madre Teresa, que acaba de llegar de su escuelita. Y su sonrisa les infunde ánimo y serenidad.

Sin embargo, la misma Madre está preocupada. La palidez de la Hermana Carolina y el abatimiento de la Hermana Magdalena le dicen, lo que ninguna de ellas quisiera confesar: que el clima desacostumbrado y el ambiente hostil, la tarea intensa y el modo de vivir paupérrimo amenazan la salud de sus Hermanas. Está por llegar el invierno, y no hay abrigo suficiente... ¡Si al menos les pudiese dar una comida más sustanciosa!

Como si la Hermana Carolina adivinara su pensamiento, se dirige de pronto alegremente a la Madre Teresa: “¿Adivinaría, Madre, qué es lo que tengo aquí?”

¿Qué será ese bulto cuidadosamente cubierto por el delantal de la Hermana Carolina?

Ella lo quita, y con un gesto triunfante puede alcanzar a cada una una manzana y un trocito de pan. “Me lo regalaron mis niñitas”, explica, feliz, no sólo porque hoy no tendrán que acostarse sin cenar, sino ante todo porque sus pequeñas, tan salvajitas en un principio, ya están aprendiendo a compartir con quienes son más pobres aún que ellas.

Sí, la constancia invencible de las tres empieza a dar fruto. Su alegría y su cariño son contagiosos y consiguen al fin lo que nadie creía posible: aún las más indomables se van convirtiendo en alumnas estudiosas, corteses, generosas y honradas.

Pronto el Señor Obispo de Baltimore muestra con asombro y orgullo a sus visitantes las maravillas que suceden en aquellos barrios. Y entonces ocurre otro milagro más: el Obispo de Pittsburg y varios otros piden insistentemente Hermanas de las Escuelas para sus Diócesis.

La Madre Teresa sonríe. No piensa ya en el rechazo que ha sufrido tan poco antes en Pittsburg, sino escribe a Munich para pedir que vengan más Hermanas al Nuevo Mundo.

## 9

Suben y bajan y cantan y ríen juguetonas las olas... casi como años atrás las del Danubio azul. Pero esta vez son las aguas frías y límpidas del lago Michigan que mece la embarcación, y es el Padre Neumann quien ha organizado el viaje.

En el asiento frente al suyo se encuentra la joven y fogosa Hermana Carolina que no pierde una sola oportunidad para enriquecer su vocabulario inglés. Ciertamente, a ella se le ha encomendado la enseñanza de los hijos de los pobres inmigrantes en sus escuelitas alemanas. Pero la Hermana Carolina prevé la necesidad de dominar el idioma inglés.

La Madre Teresa se asombra ante la facilidad con que la joven Hermana aprende. Claro, a veces también su pronunciación o alguna confusión en el uso de las palabras hacen reír a todos los demás pasajeros. Pero su risa es amistosa; la Hermanita lo sienta así y ríe también.

La Madre Teresa en cambio casi no escucha la algarabía. Está seria, muy seria. Son tantas las cosas que han ocurrido últimamente, tantas las reflexiones que agolpan en su mente...

Han visitado Milwaukee, una ciudad que de manera extraña mezcla elementos indígenas con inquietudes que le recuerdan las de la lejana patria. El Obispo Henni le ha hablado de las ansias de aprender que tienen los indios de su amplia Diócesis – indios que en su vida no han visto una religiosa y sólo muy raras veces un sacerdote católico. ¡Cuánto desearía la Madre Teresa ayudarles! Y también a las familias de inmigrantes que aquí - ¡qué diferencia con Baltimore o Nueva York! – dan un sello muy particular a la ciudad. Y a las huerfanitas de Detroit, y a la juventud abandonada de Pittsburg...

En todas partes surgen nuevos centros parroquiales, y cada uno quiere tener su escuelita. “Las necesitamos, Madre, - ¡tiene que mandarnos a sus Hermanas!” le suplican

sacerdotes y obispos, y también campesinos y pequeños comerciantes.

Sí, todos ellos tienen mucha necesidad de mis Hermanas, reflexiona – y ¡somos tan pocas! De Munich han venido once misioneras más, y en Baltimore ya existe una pequeña Candidatura. Hay muchas jóvenes entusiastas que sienten el llamado del Señor y quieren seguirle. Tal vez, dentro de unos años será posible enviar Hermanas al norte y también al sur.

Pero la Madre Teresa tiene que pensar en regresar a Munich. Han surgido nuevos peligros y riesgos, y ella presiente que sus Hermanas en Munich tienen mucha necesidad de ella. ¿Qué será de la joven fundación americana, si ella se va? ¿Quién podrá conducirla hacia ese futuro difícil, pero promisorio que la Madre Teresa entrevé?

Su mirada descansa sobre el rostro sonriente de la Hermana Carolina. Es la mejor dotada, la más entusiasta, la más generosa – pero es también la más joven del grupo. ¿Tendrá medida suficiente para suplir su falta de experiencia? ¿Tendrá fortaleza para resistir en un ambiente donde todo es inmensamente más difícil que en la vieja Europa? ¿Acertará a conquistar terreno nuevo sin perder la fidelidad a los valores heredados?

La Madre Teresa suspira profundamente. Con disimulo junta sus manos y baja los ojos. Cuando los vuelve a abrir, su mirada es alegre y esperanzada. Sí, encargará a la Hermana Carolina la supervisión de todas las escuelas de la congregación en el Nuevo Mundo. Más adelante, tal vez, podrá ser ella la guía espiritual de las Hermanas.

# 10

Dos derechos, dos revés; dos derechos, dos revés...

Mariana, la vieja empleada de la Casa Madre en Munich, teje con lana gruesa y cariño tiernísimo un gorro para su nieto Jorgito.

Dos derechos, dos revés... Todavía hace calor; apenas ha comenzado el mes de agosto. Pero una vez que hayan pasado las vacaciones de verano y Jorgito empiece a concurrir a la escuela, un lindo y abrigado gorrito le vendrá bien. Y entonces ella, la abuela, ...

Suena la campana de la puerta conventual. Mariana se levanta, no muy ágilmente por el reuma que la tiene mal, y mira quién llama. Seguramente algún pobre, o la madre de alguna de las niñas. Mariana ayuda con frecuencia en la atención de la puerta y conoce a mucha gente.

Pero esta vez se sorprende. No recuerda haber visto antes a esa señora de porte sencillo y a la vez decidido, ese rostro sufrido... pero esos ojos... dónde ha visto ojos semejantes? ¿A quién le hacen recordar esos ojos que parecen contener todo el sol y a la vez todo el océano?

El asombro de la buena Mariana llega a su tope cuando la desconocida le pide que la deje entrar en los lugares reservados para las Hermanas. No puede ser – no, ¡jamás! Mariana siempre ha sido una fiel guardiana de la puerta del convento y no permitiría nunca el paso de una persona extraña.

Ésta, sin embargo, sonrío – no insiste, no. Hace algo mucho peor: se dirige directamente hacia la puerta del costado, aquella que solamente las Hermanas usan porque

lleva directamente a las habitaciones de ellas, donde ni doña Mariana puede entrar. ¡Oh Dios mío! – Doña Mariana golpea las manos y grita por auxilio. ¿Qué se habrá propuesto esta intrusa?

Menos mal, aquí llegan la Hermana Graciana y la Hermana Anselma. Y - ¿se asustan también?

No, todo lo contrario: “¡Es la Madre Teresa! ¡Nuestra Reverenda Madre ha vuelto de América!”, exclaman, mientras la Madre Teresa desaparece en su habitación.

Cuando al ratito sale de allí, ya vestida con su hábito y cubierta con su toca, todas las Hermanas de la Casa Madre están presentes, ¡Qué de lágrimas de alegría, de emoción y de pena! Sí, también de pena – porque todas ven en el rostro de su amada Madre que en el año de su ausencia ha sufrido mucho más de lo que les contaría. Parece tener más de sesenta años, cuando apenas tiene cincuenta y uno. Pero el tono de su voz y la mirada de sus ojos son aún más cariñosos que antes. Y mientras para cada una de sus hijas espirituales encuentra una palabra alentadora, se encaminan todas a la capilla donde cantarán un jubiloso Te Deum.

Cuando se enteran las candidatas y las pupilas y las alumnas externas de que la Madre al fin está de vuelta, casi no acaban más las preguntas. Y la Madre cuenta de tierras lejanas y de mares revueltos, de las peripecias sufridas por las Hermanas y de las dificultades y la extremada pobreza de los inmigrantes alemanes en América... También las niñas le cuentan sus cosas: de exámenes difíciles y brillantemente aprobados, de travesuras pasadas y de proyectos para las cercanas vacaciones...

La Madre Teresa está muy preocupada.

No ha dormido casi en las últimas noches – tanta necesidad ha sentido de rezar y seguir rezando por sus Hermanas. Tiene ahora hijas espirituales en muchas partes – en Baviera, en otras partes de Alemania y también fuera de Alemania. Y de muchos otros pueblos y ciudades le llegan pedidos apremiantes: ¡Mándenos Hermanas, siquiera dos o tres! El mismo Rey Maximiliano II ha publicado un decreto donde aconseja la introducción de las Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora “para prevenir la pobreza creciente que amenaza al pueblo”.

El gran corazón de la Madre quiere ayudar a todos – especialmente a los más necesitados. No le importa ni a ella ni a sus Hermanas (que como buenas hijas se le parecen) que muchos no les puedan pagar de otro modo que trayendo de vez en cuando una bolsa de papas o un jarro de leche al convento.

Hay otra cosa que la preocupa - ¡Oh!, sí, la preocupa profundamente. Esta expansión rápida de la Congregación, ¿no podría contribuir a una pérdida del espíritu inicial? El mundo que las rodea es tan perverso... La Hermanas no pueden ni asomarse a la calle sin sr objeto de burlas, de provocaciones o aún de agresión física. No, no deben salir. Y cuando no pueden tener en una misma casa la vivienda, la capilla y la escuela, la Madre Teresa prefiere no aceptar ofrecimientos muy halagadores.

A veces se ve en dificultades por causa de esta firmeza. No puede cerrar sus ojos y su corazón ante necesidades especialmente apremiantes, donde sin embargo no hay un ambiente propicio para religiosas. Después de mucho rezar y



pensar, a la Madre Teresa se le ocurre una solución genial: adonde no puede poner Hermanas, envía un grupo de candidatas – jóvenes maestras que están preparándose para su entrada en el Noviciado. Tendrán que esperar algunos años más... lo harán en espíritu de generoso servicio. Una hace de Superiora y todas se ejercitan en el magisterio y en la vida comunitaria.

La Madre Teresa les sigue muy de cerca, con su solicitud maternal, su consejo certero y su estímulo alentador. Así sus hijas menores llevan en varios lugares la escuela durante años, hasta que otro grupo de candidatas pueda hacerles turno o hasta que las circunstancias cambien y la Madre Teresa pueda enviar Hermanas.

Para las jóvenes es una prueba de fuego; tienen que hacerse adultas y responsables casi de un día al otro. Pero es algo tan reconfortante, sentir la confianza sin barreras que la Madre Teresa pone en ellas!

Con tanto entusiasmo y tanto amor se dedican las candidatas a su tarea, que alcanzan resultados óptimos en la escuela y en su propia formación. Así queda plenamente justificado el audaz experimento de la Madre Teresa.

12

Tonio, Dalila y Angelina discuten gesticulando vivamente. ¡No porque sean niños sordomudos dejan de interesarse por todo!

Antes era diferente... algunos años atrás, cuando Tonio todavía era un pequeño mendigo, que todos los días tenía que sentarse a la entrada de la antigua iglesia de Gorizia

para llamar la atención de los fieles con su carita triste y sucia y su pobre ropita harapienta.

Él se acuerda muy bien: era su obligación lloriquear lo mejor posible. Si a la noche el dinero recaudado era demasiado poco, el viejo Alessio le pegaba y lo mandaba sin comer a su rincón, donde dormía sobre unos pedazos de arpillera. Pero desde que han llegado las Hermanas a Gorizia, las cosas han cambiado. Claro, las Hermanas son demasiado pobres para poder dar todo lo que ellas quisieran a los pequeños sordomudos que albergan en su casa. Pero éstos se sienten como reyes, ya que casi todos ellos tienen experiencias semejantes a las de Tonio.

En estos últimos días, la conversación muda pero vivaz gira siempre, de uno u otro modo, alrededor de la Madre Teresa y su reciente visita. Y no es de extrañar: nunca en su vida habían pasado una semana tan alegre y despreocupada, y tan abundante en cosas ricas para comer.

Angelina, la golosa, y Tonio, el insaciable, no olvidarían nunca la gran fuente llena de puré de manzana que consumieron en un tiempo récord - para honrar a la visita, por supuesto. Dalila, siempre hambrienta de amor, recuerda más el gesto cariñoso y la mirada cálida de la Madre Teresa. Los más grandes, que ya aprenden a leer y a escribir en las manos de sus compañeros, ponderan la dedicación y habilidad, con que la Madre de la lejana Baviera intentaba participar de sus diálogos silenciosos. Y las Hermanas apenas podían parar el torrente de lágrimas en los ojos de sus niños y en los suyos propios al despedirse la Madre.

La Madre Teresa entre tanto viaja sentada en la galera que lleva personas y correspondencia a Breslau, la Capital de Silesia, y de ahí irá hasta la Pomerania. Su pobre cuerpo está

molido, pero su corazón de madre no descansa. Una por una pasan las perlas del rosario entre sus dedos: por esos queridos huerfanitos sordomudos de Gorizia... por las misioneras en la lejanísima América... por el Señor Obispo húngaro que tanto quiere a las Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora y las defiende contra un mundo de oposición y de incompreensión... por Monseñor Diepenbrock, aquel distinguido sacerdote que hacía años dijo palabras inolvidables en el entierro de su amado Padre Miguel Wittmann y que, no bien le habían nombrado Obispo de Breslau, le pidió Hermanas para su diócesis. Monseñor Diepenbrock quería que la Madre Teresa tuviese en seguida una nueva y hermosa Casa Madre en Breslau, pero ella prefiere un comienzo pobre y humilde, como en todas partes.

Desde su regreso de América está casi siempre de viaje. Obispos y Condes parecen haber descubierto de golpe el valor de la educación cristiana para sus pueblos. Muchas jóvenes generosas acuden a la Casa Madre de Munich para poner sus vidas al servicio de Dios y del prójimo. Sin embargo, es tanta la necesidad que la Madre Teresa no da abasto con la preparación y el envío de Hermanas.

Desde hace un año están también en Polonia y en Checoslovaquia, y también en Rumania han comenzado a sembrar cultura cristiana. Nadie sabe cuánto esfuerzo ha tenido que imponer la Madre Teresa a su cuerpo agotado y prematuramente avejentado. Pero la Madre sólo sonrío cuando una de sus Hermanas o algún amigo bien intencionado quiere recordarle la necesidad de descansar.

Pensativamente, casi más para sí misma que para los demás, dice: "Todas las obras de Dios maduran lentamente... y con mucho sufrimiento...". Y de pronto reaparece en sus

ojos esa chispa de esperanza invencible, que tanto ánimo infunde a todos los que tratan con ella, y añade con decisión: “¡Pero después están tanto más firmemente arraigadas y florecen más hermosamente!”.

## 13

Todas las obras de Dios maduran y prosperan en el dolor... ¡Si lo sabrá la Madre Teresa!

Fue tan sabia la enseñanza del Padre Job, tan luminoso el testimonio del Padre Wittmann... Hace de esto ya como dos décadas – pero la Madre Teresa los tiene tan presentes, como si recientemente hubiese estado hablando con ellos. Les debe tanto... Ellos han sido los guías de su juventud; ellos han dado vida a la congregación. Ella misma sólo ha sido el instrumento del cual Dios se quiso servir. Y porque está profundamente convencida de que Dios quiere por ella llevar a cabo la obra que les ha inspirado a esos dos santos sacerdotes, la Madre Teresa preferiría morir antes de ser infiel a esta su misión.

Es verdad, se necesita del dolor y de la muerte para que surja la vida – Jesús también lo dijo y lo vivió. Pero ¡cuán duro es morir! ¡Cuántas lágrimas y cuántas noches sin dormir puede costar la fidelidad!

La Madre Teresa no puede recordar sin honda congoja la visita del Señor Arzobispo, la semana pasada. Y no es que fuese de mala intención el Señor Arzobispo, Monseñor Reisach. ¡Oh, no! Ha dado repetidas pruebas de estima y de cariño hacia las Hermanas y su obra educadora. ¿Por qué, oh Dios mío, la situación se ha vuelto tan difícil ahora?

La Madre Teresa no encuentra respuesta a su ardiente pregunta, porque en su humildad no se da cuenta de que ella ha recibido de Dios dones tan extraordinarios, que ni el mismísimo Señor Arzobispo alcanza a comprenderlos. Recién muchos años más tarde toda la Iglesia verá como normales y buenas estas cosas que Monseñor Reisach desecha como pretensiones de un orgullo incalificable de la Madre Teresa.

¿Una mujer conduciendo a toda una congregación religiosa? ¡Si esto es tarea de hombres! Las mujeres están hechas para obedecer. Pero la Madre Teresa – Monseñor Reisach la llama soberbia y terca – quiere que haya en su congregación una Superiora General. Sí, es cierto, ella misma está dispuesta a renunciar a su cargo. Es más: su deseo más grande sería poder terminar sus días en oración y penitencia, en un rincón desconocido, como la más humilde de las Hermanas. Pero el gobierno de la congregación debe encomendarse, según ella, a una mujer, y, lo que aún más irrita a Monseñor Reisach: ¡a una sola para todas las H.E.N.S. del mundo!

Estas son ideas completamente nuevas en ese siglo XIX: hasta ahí, cada comunidad religiosa tenía su independencia y sus autoridades propias, siempre bajo la supervisión del obispo diocesano.

“Para nuestra joven congregación sería la muerte un sistema así”, explicó la Madre Teresa a Monseñor, cuando él le quiso imponer un retorno a las usanzas tradicionales. “Nuestros fundadores, Wittmann y Job, me lo han encargado muchísimo... Necesitamos un gobierno central, único para que nuestras comunidades puedan ser muy pequeñas. Sólo así será posible enviarlas aún a los pueblitos más lejanos y más pobres”.

Pero Monseñor Reisach no quiso ni escucharla. Le dijo palabras muy duras, no permitió que sus Hermanas la defendiesen y se fue sumamente disgustado e imponiéndole la aceptación total e instantánea de toda sus disposiciones.

¡Oh, sí, las obras de Dios están cimentadas en el dolor!

Las Hermanas comparten las lágrimas y las angustias de la Madre Teresa. Saben que Dios les ha hablado en sus fundadores. Pero ¿se puede obedecer a Dios, desobedeciendo a su Obispo? - ¿Puede Dios pedir a alguien dos cosas tan contradictorias? ¿Habrá alguien capaz de ayudarles en tamaño dilema?

“Sí”, suspira la Madre Teresa. “Uno sólo podrá ayudarnos: el Santo Padre”. Y a él se dirige con sencillez y confianza.

## 14

En el palacio arzobispal de Breslau no se oye una palabra pronunciada en voz alta. Nadie se anima a cerrar una puerta con el menor ruido. Todos caminan en la forma más silenciosa posible – ya desde hace varios meses. Y no es para menos: el muy venerado Señor Cardenal Arzobispo, Monseñor von Diepenbrock, está muy gravemente enfermo.

Sin embargo, si alguien cree que el ilustre enfermo está dormitando en el silencio y a la penumbra de su habitación, se equivoca. Hoy el Señor Cardenal saca fuerzas de donde no parecieran encontrarse, pues tiene que escribir una carta larga e importante. Sí, muy importante. Han llegado hasta él noticias de que Monseñor Reisach, el Arzobispo de Munich, ha propuesto al Santo Padre una regla de vida para las

Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora... una regla que no condice con las necesidades de las Hermanas ni con la inspiración de sus fundadores.

No hay dolor ni agotamiento, ni tampoco consejo de médico o de amigo, que le pudiesen hacer desistir al Cardenal Diepenbrock de su propósito de dictar una carta larga en defensa de la Madre Teresa. Él ha conocido a los venerables fundadores, Miguel Wittmann y Sebastián Job. Él conoce personalmente a la Madre Teresa. Él ha visto el cariño, la confianza y el respeto que las Hermanas sienten hacia ella. Así lo explica en su carta al Santo Padre.

Cuando llega al final de su exposición, se detiene un instante. Luego dicta con urgencia, casi con angustia, a su secretario: “Estoy convencido de que cualquier cambio importante – sobre todo la pérdida de la unidad y de la autoridad de su Superiora General – sería para este maravilloso instituto una amenaza de muerte. ¡Dios no lo permita!”

Casi sin aliento, se deja caer entre sus almohadas. No le importa la fatiga ni el malestar. Lo importante es que la carta salga hoy mismo. Tal vez aún no sea tarde para evitar un daño irreparable.

No. Aún no era tarde, ni estaba solo Monseñor Diepenbrock con su petición. Los Señores Cardenales de la Santa Sede se asombraron al recibir súplicas similares del Cardenal Arzobispo de Praga y de otros siete obispos más. Se asombraron también al leer el ruego ferviente que, aconsejadas por sus obispos, habían hecho llegar a Roma las Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora-. ¡Con qué amor y con qué entusiasmo hablan esas Hermanas de su Superiora General! También ella misma había escrito – con

una combinación de profunda humildad y noble libertad, de sincero respeto y contagiosa convicción. Realmente, los señores Cardenales quedaron admirados.

Pero antes de formar su juicio, el Santo Padre pide el testimonio del Señor Nuncio de Munich, quien en su nombre ha entrevistado a la Madre Teresa.

“No pude evitar que la entrevista fuese sumamente penosa y humillante para ella”, informa el Señor Nuncio. “Pero es justamente así como pude comprobar cuánto vale esta mujer. Estoy convencido de que ella tiene razón...”.

La Madre Teresa no sabía lo que se decía de ella y de su congregación en el Vaticano. Ansiosamente esperaba la respuesta durante un tiempo que parecía interminable. Cuando al fin llegó, no cabía en sí de alegría y gratitud. ¡El mismo Papa Pío IX se había pronunciado a favor de ella y de su causa! Ahora sí que todo estaba bien...

¿Y Monseñor Reisach? ¿Estaría muy enojado?

¡Oh, no! Todo lo contrario: como un verdadero hombre de Dios, acepta la decisión del Santo Padre y vuelve a ser el buen amigo de las Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora.

15

Es la medianoche.

Todo el convento del Anger está sumergido en el silencio del bien merecido descanso.

¿Todo el convento? Y – ese crujir de maderas, ¿no viene de la celda de la Superiora General?

Así es. La Madre Teresa da vueltas y más vueltas en su desvencijada cama de madera. Pese al cansancio de un día colmado de trabajo no puede dormir – y cuando al fin lo consigue, las imágenes angustiantes la persiguen más aún. Incendios, tronar de cañones, quejas de heridos...

¿Ha vuelto en sueños a su infancia? ¿Revive aquella noche infernal, en la que Napoleón hizo incendiar la ciudad de Ratisbona? ¿O son los rumores de guerra que hay en el aire desde hace varias semanas?

Ciertamente, la Madre Teresa conoce la situación del país como pocos. Ella sabe cuáles son los peligros que acechan a las poblaciones del norte de Baviera y sufre pensando en sus Hermanas, en las pequeñas alumnas, en las familias pobres, y también en los pobres soldados que, cansados, hambrientos y heridos, son más víctimas que actores del desastre.

¿Podrán sus Hermanas permanecer por más tiempo en los lugares adonde la guerra parece llegar ya muy pronto? ¿Habrán tomado todas las precauciones para la seguridad de sus pequeñas? ¿Serán tratadas con respeto por los soldados que lleguen a sus casas en busca de comida y de una horas de descanso?

La Madre Teresa les ha escrito a las Hermanas que les ayuden con víveres y con primeros auxilios, pues los muchachos le dan lástima. Pero, la Madre Teresa sabe también que fueron los soldados que les han llevado enfermedades graves como el tifus y el cólera y que ya tres Hermanas han fallecido por estas pestes. ¡Oh, Dios! - ¡qué desgraciada es la guerra!

Es la una... la una y media... y la Madre Teresa se debate entre el insomnio y los sueños atormentados. Al fin no lo soporta más. Rápidamente se levanta, se pone el amplio hábito negro, el modestín almidonado y la toca, y se desliza silenciosamente por los oscuros pasillos. No necesita luz; conoce de memoria el camino. ¡Tantas veces lo ha recorrido, de día y de noche!

Al fin abre sin ruido la puerta de la capilla, da unos pasos más hacia adelante y se arrodilla ante Jesús Sacramentado.

Jesús - ¡contigo todo es posible! ¡Tú tienes que ayudar a las Hermanas, y a sus pobres huerfanitas, y a la gente angustiada, y a los soldados heridos, y... Jesús, ¡devuélvenos la paz!

La capilla está oscura. Sólo arden en ella la lámpara del Sagrario y la fervorosa oración de la Madre Teresa.

Está por amanecer, cuando entra la Hermana sacristana y enciende la luz. No se sorprende demasiado al ver a la Reverenda Madre de rodillas ante el altar, el rostro entre las manos en silenciosa súplica. No es la primera vez que la encuentra orando cuando todas las demás aún duermen. Y sabe, todas las Hermanas lo saben – que después de esas hora de oración nocturna la Madre Teresa suele aparecer como rejuvenecida, como si una misteriosa mano hubiese borrado de su frente y de su corazón las preocupaciones que la tarde anterior parecían aplastarla...

16

“Munich, 28 de octubre de 1867...”.

La Madre Teresa mira la hoja impecable, luego la pluma – y suspira profundamente. Al fin, su mirada queda prendida del crucifijo frente a su escritorio. Y en un largo rato de silencioso diálogo vuelve a iluminarse poco a poco su mirada.

Siempre le suceded esto: basta mirar a Jesús en la cruz, para que sus temores se transformen en gozosa esperanza. Y es por eso que su valor ha llegado a ser el sostén seguro para todas en estos tiempos difíciles.

Ella misma, en su sencillez, no se da cuenta hasta qué punto todas, Hermanas, candidatas y alumnas – se apoyan en ella. Con amorosa solicitud se desvive por ayudarles en todos los peligros de cuerpo y alma. Pero es el Señor quien está en todo y jamás abandona a los suyos. ¡Tantas veces lo pudieron comprobar en esos dos meses de guerra que han pasado! Por la mente de la Madre Teresa pasan en rápida sucesión imágenes terribles, teñidas de fuego y sangre – y otras consoladoras y reconfortantes.

Piensa en aquel orfanato de Franconia, que parecía perdido en medio de la lucha callejera. Nadie hacía caso de la bandera blanca con la cruz roja que las Hermanas habían izado para proteger a sus huerfanitas. Sólo Dios pudo encontrar el modo de salvarlos – y lo encontró, por cierto. Los mismos soldados enemigos decidieron amenazar de muerte a cualquiera de sus compañeros si dañaban esa casa. ¿Qué había pasado? Su jefe, gravemente herido, necesitaba un oasis de paz en medio del fuego, y allí estaba el orfanato...

La miseria que siguió en pos de la lucha fue grande. En algunas partes, la gente comía pasto y mendigaba los restos del escaso alimento de los soldados. En otros lugares fue el

pueblo que compartió los últimos bocados con las tropas maltrechas.

La Madre Teresa se enternece al recordar cómo las niñas de uno de sus orfanatos ofrecieron a las Hermanas sus pobres pedacitos de pan para los soldados que los necesitaban aún más que ellas. “Gracias, Señor, por la generosidad de esas niñas”, dice la Madre Teresa con un cariño inmenso. “Y gracias por la fidelidad de mis Hermanas en situaciones tan difíciles... Y gracias, gracias... porque tu poder y tu bondad son siempre más grandes que todas las dificultades”.

Un día, cuando ya nadie pensaba poder salvarse ante una avalancha de soldados enemigos que invadía el convento, éstos retrocedieron al instante cuando vieron el hábito religioso que vestían las dueñas de esa casa. ¿De dónde les venía este respeto? Eran hombres tan rudos... Sólo la Providencia del Padre Celestial pudo haber defendido a las Hermanas en este y en tantos otros peligros.

¡Ah!, la guerra... “La peor de las pruebas de este mundo”, murmuraba la Madre Teresa. Y añade, juntando sus manos: “De peste, hambre y guerra, líbranos, Señor”, porque también la peste se había hecho sentir dolorosamente en estos meses terribles. En Silesia, el cólera cobró más vidas que los mismos combates. La Madre Teresa no puede reprimir las lágrimas al recordar a las buenísimas Hermanas suyas que así le fueron arrebatadas. En un rato de silenciosa oración cierra sus ojos, pidiendo al Señor por ellas y por todas las víctimas de la guerra.

Luego alisa con la mano la carta empezada y continúa resueltamente: “Excelentísimo y Reverendísimo Señor Cardenal. ¡Muy Señor mío!”.

La carta va dirigida al Señor Cardenal Protector en Roma. A él relata la Madre Teresa todo lo que ella y sus Hermanas han vivido durante esta guerra bávaro-prusiana, como siempre suele confiarle todo lo que toca a la congregación. Y Su Eminencia le responde con su bondadoso interés por ésta, con su paternal bendición y con su mediación ante el Santo Padre en todo lo necesario.

## 17

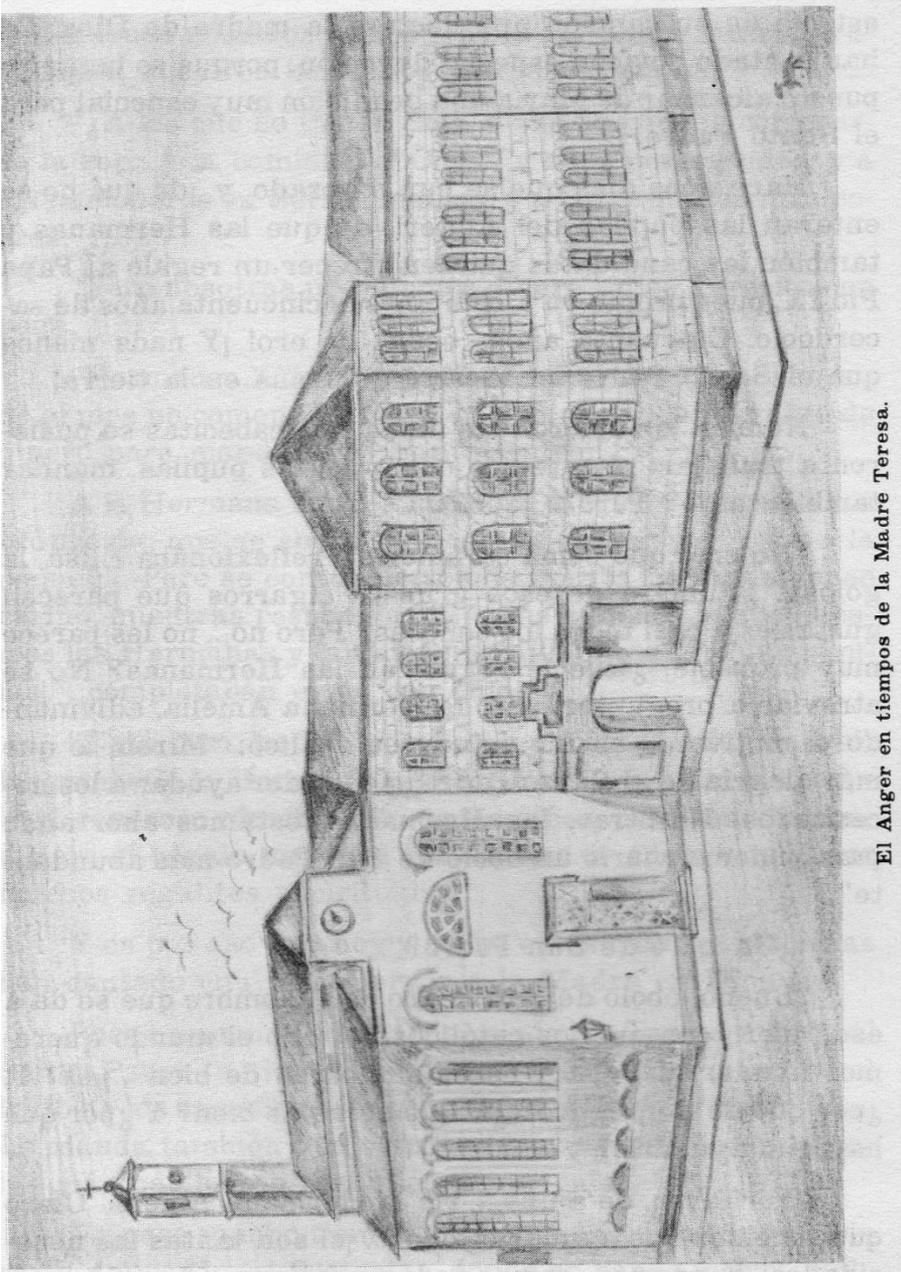
“... ¡Tus manos de madre  
viertan bendición  
sobre cada casa,  
cada corazón!”

Las voces juveniles de las pupilas del Anger resuenan con toda su dulzura y su fervor al completar la última estrofa de su canción predilecta a la Madre de Dios. La han cantado hoy con especial devoción, porque se han propuesto alcanzar de María una bendición muy especial para el Santo Padre.

Hace unos días que se han enterado - y ¡de qué no se enteran las pupilas del Anger! - de que la Hermanas y también las candidatas quieren ofrecer un regalo al Papa Pío IX, pues pronto va a cumplir sus cincuenta años de sacerdocio. Cincuenta años, ¡bodas de oro! Y nada menos que el Santo Padre, el Vicario de Jesús en la tierra!

No bien lo supieron las niñas, sus cabecitas se pusieron a trabajar: ¿Podemos nosotras, las pupilas, mandar también algo? Pero... ¿qué?

“No creo que coma caramelos”, reflexionaba Elisa, la golosa. ¿Fumará de esos gruesos cigarros que parecen



El Anger en tiempos de la Madre Teresa.

gustarles a casi todos los señores? Pero no... no les parece muy probable. ¿Qué le regalarán las Hermanas? No se atrevían a preguntar, pero la Hermana Amelia, adivinando el motivo de su inquietud, les explicó: “Miren, lo que más alegría da al Santo Padre es poder ayudar a los necesitados. Nosotras, las Hermanas, estamos ahorrando para poder enviarle un óbolo de San Pedro más abundante”.

“¿Un q u é de San Pedro?”

“Bueno, óbolo de San Pedro es el nombre que se da a ese dinero con que los católicos de todo el mundo queremos ayudar al Papa a hacer sus obras de bien”. ¡Ah! y, ¿por qué de San Pedro? ¿Y qué obras de bien? Y ¿por qué hay que ayudarle?”

“Por favor, de a una...”, ríe la Hermana Amelia. “Claro que tenemos que ayudarle todos... ¡si son tantas las necesidades! Y además, somos todos cristianos. Jesús quiere que seamos nosotros los que, a través del Santo Padre, ayudemos a nuestros hermanos en todo el mundo”.

“¿A los que no tienen casa, o que no pueden comprarse la ropa y la comida?” – “Claro, y a los perseguidos, y a los misioneros en tierras lejanas, y a las capillitas más pobres, y...”

“Pero nosotras no tenemos dinero”, dice Teresita con pena.

“Hermana...” – “¿Qué, Anita?” – “Hermana... y si en todo el mes no comemos postre, ¿no se podría juntar algo de dinero para mandarle al Santo Padre?”

A la Hermana Amelia le dio tal alegría esta generosa propuesta, que se sentía tentada de comerse a besos a la

pequeña. Pero se contuvo y sólo la miraba con un inmenso cariño, mientras respondía: “Es más o menos lo que hacemos las Hermanas y también las candidatas”. “¡Y las pupilas!”, completaban éstas con énfasis.

“Está bien, pediré permiso a la Reverenda Madre”, les prometió la Hermana Amelia. Y la Madre Teresa aceptó el generoso ofrecimiento de las niñas, pero con una condición: el regalo material tendrá que ir acompañado por muchos regalitos espirituales.

Y es por eso que hoy y todos estos días las pequeñas han cantado con tanto fervor a la Madre de Dios.

Pocas semanas más tarde, la Madre Teresa manda al Santo Padre, a través del Señor Cardenal Protector, el fruto de los sacrificios de pupilas, candidatas y Hermanas. Le manda también una estola hermosamente bordada por las más hábiles de sus hijas espirituales.

No pasa mucho tiempo hasta que llegue al Anger una carta del cardenal Protector, donde se puede leer: “...Sólo quiero decirles que el Santo Padre se emocionó hasta las lágrimas. Me pidió encarecidamente enviar a todas ustedes su santa bendición y manifestarles sus vivos sentimientos de gratitud”.

18

¡Qué aprieto! Faltan tan sólo diez días para la fiesta escolar, y ¡justamente ahora tenía que enfermarse el demonio! Las niñas del Anger se han propuesto representar esta vez algo muy especial: una historia del Antiguo Testamento, precisamente, la del paciente Job. Iban tan bien

los ensayos, todo parecía salir perfectamente, y ahora ¡este contratiempo! ¿Qué sería de Job sin el demonio? ¿quién será capaz de aprender este papel tan importante en tan poco tiempo?

Tan nerviosas están las jóvenes artistas que ni ven que la Madre Teresa pasa junto a ellas. Tampoco ven que se detiene un instante y asiente tristemente: ¿Qué sería Job sin el demonio? Pero en seguida continúa su camino con una valiente sonrisa en los labios y en el corazón: Job pudo vender al demonio, y también ella está dispuesta a arriesgarlo todo por el Señor, sabiendo que siempre Dios es el más fuerte.

Desde que Bismarck ha comenzado abiertamente su lucha contra la Iglesia, les va mal a los institutos religiosos en Prusia. Y la Madre Teresa tenía allí varias florecientes escuelas... hasta hace muy poco.

Otros estados alemanes están imitando el ejemplo del “Canciller de Hierro”, como todo el mundo lo llama a Bismarck. Hasta en Baviera, el estado más tenazmente católico, surgen dificultades aquí y allá. Es verdad, el pueblo bávaro se resiste como ningún otro ante todo aquello que atenta contra su religiosidad heredada. Pero en el Gobierno se encuentra ahora más de un admirador de la política prusiana. “Auroras boreales” los llaman los bávaros con desdén, desde el Rector de la Universidad hasta el más humilde campesino, a esos señores que se esperan la iluminación del norte, de Prusia.

Las Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora no se entretienen en discusiones sobre política. La Madre Teresa les ha dicho que mucho más pueden alcanzar con una oración. Ella misma hay optado por este medio y se refugia

en el Señor tanto más, cuanto más combatidas, más injustamente perseguidas ve a sus Hermanas y a sus escuelas en todo el país. Sobre todo la oración solitaria en las horas nocturnas sigue siendo para ella un manantial de fortaleza, de esperanza y de amorosa entrega en las manos del Padre Celestial.

Ya tiene más de sesenta años, pero todavía es ella la que da aliento a todas. Si alguna vez se le escapa un suspiro como: “¡Malas noticias por todas partes!”, añade en seguida, con vivacidad: “Pero no, ¡buena noticias! ¿No es hermoso, poder sufrir y aún morir por Jesús?”

Las Hermanas saben que éstas no son meras palabras, que su Madre conoce el sufrimiento como pocos. Saben también que ella comparte todas las penas y angustias, así como todas las alegrías e ilusiones de sus Hermanas. Tal vez es por eso que las Hermanas están pendientes de cada una de sus palabras. Son palabras que las consuelan y reconfortan en lo más profundo de sus almas, cuando les escribe: “A Dios gracias, no somos expatriadas por haber hecho algo malo, sino por servir a Jesucristo. Esta clase de sufrimientos nos alcanzará la ayuda del Señor para serle fieles hasta el final”.

También les aconseja: “Vivamos y trabajemos de tal modo que ni nuestros peores enemigos puedan reprocharnos nada”. Y las Hermanas de la Escuela de Nuestra Señora siguen trabajando, rezando y amando como antes, confiando en Dios y dando, si cabe aún más que antes, lo mejor de sí mismas.

Poco a poco, hasta las “Auroras Boreales” tienen que admitir que no pueden privar al pueblo bávaro de sus Hermanas y de su enseñanza católica.

Sin embargo, en otras partes del país arrecia más y más la lucha contra todo lo eclesial y por tanto también contra las Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora. “No se desesperen, Hermanas”, anima la Madre Teresa a sus hijas angustiadas. “En último caso, si terminan de echarnos de nuestra tierra, encontraremos campos de acción maravillosos en Hungría o en América”.

Dios, que conoce los corazones humanos hasta el fondo, sabe que la Madre Teresa y sus Hermanas estarían dispuestas a dejar la patria querida antes de ser infieles a su consagración.

Y parece que el Señor dijera nuevamente al Maligno, como antaño, cuando se refirió al paciente Job: “¿Has visto a mi servidora fiel? En vano te has empeñado en perderla...” Realmente, aquí como en la antigua historia de Job, el demonio resulta impotente ante el amor y la fidelidad de quienes pertenecen a Dios.

## 19

La noche avanza lentamente. La Hermana Magdalena, sentada junto al lecho de la Madre Teresa, se ha propuesto no apartar la mirada del rostro pálido de la enferma. Hace cinco días y cinco noches que ésta se encuentra en durísima lucha con la muerte. Su debilidad ha llegado a tal extremo que de hora en hora se espera el fin. Ya han pasado todas las Hermanas a verla por última vez, a recibir siquiera una vez más su bendición, a acoger como preciosas reliquias sus últimos consejos.

Por la mente de la hermana Magdalena pasan una vez más consejos que han caído en su corazón como un

testamento sagrado: “Vivan en fidelidad a sus santas reglas... Trabajen sólo por la gloria de Dios, no por ganar un poco de alabanza humana... Guarden el santo temor de Dios... Manténganse unidas y perseveren en los tiempos difíciles que hay y que habrá... Volverá la paz...”.

Nunca se olvidará la Hermana de estas palabras, ni de la humildad con que la Madre pidió perdón por todas sus faltas, ni tampoco de la devoción conmovedora con que recibió el Sacramento de la Unción. Es un gran privilegio poder servir como enfermera a quien está tan cerca de Dios y tan llena de Su amor y sabiduría.

¿Se ha sumergido demasiado la Hermana en estas meditaciones? ¿O, quizá, la ha vencido el sueño por un momento, después de casi una semana de abnegada guardia? La Hermana Magdalena casi no cree a sus ojos, pero sí, es cierto: en un instante se ha incorporado la Madre Teresa. Antes de que su enfermera pudiese reaccionar, se levanta sola, sin ayuda y sin desfallecer, y se postra de rodillas ante el crucifijo.

La Hermana Magdalena está atenta al menor de sus movimientos, pero nada pasa. Al contrario: con el rostro radiante de gozo y de gratitud, la Madre Teresa exclama: “¡El poder de Dios me ha curado!”

Sigue rezando, largamente, primero ante el crucifijo de su cuarto y luego en la capilla, ante el Santísimo Sacramento. Recién a la madrugada, después de haber participado de la Santa Misa y recibido la Santa Comunión, sale de allí.

Las Hermanas, fuera de sí de alegría, la acompañan. Viven momentos de íntima alegría y de desbordante cariño. En el júbilo de sus corazones no alcanzan a comprender del todo una frase dicha por la Madre con voz firme y segura:

“Es por poco tiempo, queridas Hermanas, que el Señor me ha devuelto a la vida, para que pueda prepararme en paz para la muerte”.

No, no quieren ni pueden en estos momentos pensar en una pronta muerte de su Madre espiritual que acaba de serles regalada de nuevo. Sin embargo, el rostro extremadamente pálido de la Madre Teresa y su mirada radiante de gozo y amor sobrenaturales ya no parecen ser de este mundo.

Unas semanas más tarde, la Madre recibe el último saludo terreno del Papa Pío IX, que a su vez se prepara para el gran encuentro con el Señor. Con mano temblorosa, el Papa moribundo le ha escrito en latín: “Deus vos benedicat. Pius IX”.

20 Ha pasado más de un año desde aquella noche memorable, en que la Madre Teresa pasó de la agonía a una nueva vida. “Será por poco tiempo”, ha dicho entonces, y esta certeza la ha acompañado siempre desde ese día.

Sin embargo, si el Señor le ha dado una prórroga, no parece haber sido sólo “para que se prepare bien”, pues desde su juventud nunca ha perdido de vista la certeza de la muerte. Hace tiempo, está preparando Hermanas capaces de tomar en sus manos los destinos de la Congregación cuando ella o esté más. Unos meses atrás dictó con gran esfuerzo una carta de despedida a sus Hermanas en todas partes, porque, decía en ella, “siento la necesidad de despedirme de ustedes en este mundo y de decirles todavía algunas palabras de aquello que llena mi corazón”.



Desbordaba la carta de lo que llenaba su corazón... la humildad más auténtica, la cariñosa solicitud por sus Hermanas del presente y de tiempos futuros, un agradecido reconocimiento de la fidelidad y confianza con que siempre le han respondido y la promesa de no olvidarlas ante el Señor... en fin: el testimonio precioso de un alma grande. Al final de la carta, no podía ser distinto, deja rienda suelta a una jubilosa alabanza del Señor a cuyo encuentro va, en la esperanza que le da Su infinita misericordia, como añade en seguida. Agrega para cada una una estampita como recuerdo, y una bendición, y: "¡Hasta el reencuentro, en el cielo! ¡Alabado sea Jesucristo!"

Ciertamente, la Madre Teresa está preparada para emprender el más importante de sus viajes. Sin embargo, Dios quiere darle en estos meses todavía el toque especial de la fidelidad en el dolor físico, para hacerla aún más parecida a Jesús. Pero ni los mayores dolores le impiden atender con una bondad conmovedora a las Hermanas que aún la visitan.

Cuando se encuentra un poco mejor, visita ella la casa y el jardín, y un día llega hasta el suburbio de Au. Sabe que la escuela allá necesita varias refacciones y escucha, llena de interés, lo que las Hermanas piensan hacer al respecto. Para sorpresa de éstas responde: "Antes que nada deben renovar el piso de la entrada".

"Pero...", responden las Hermanas, "este piso no necesita arreglo... está en perfectas condiciones..." La Madre Teresa repite con autoridad: "Hermanas, ¡antes que ninguna otra cosa, el piso de la entrada!"

Sin comprender, obedecen la Hermanas, y, ¡qué espanto! No bien los obreros tocan ese piso, se desmorona y cae al sótano.

Nadie podía saber que estaba totalmente carcomido por dentro. Y nadie podía comprender cómo no había caído antes, cuando diariamente centenares de niñas pasaron allí. Pero todos están de acuerdo: una vez más, Dios se ha servido de la Madre Teresa para impedir una desgracia enorme.

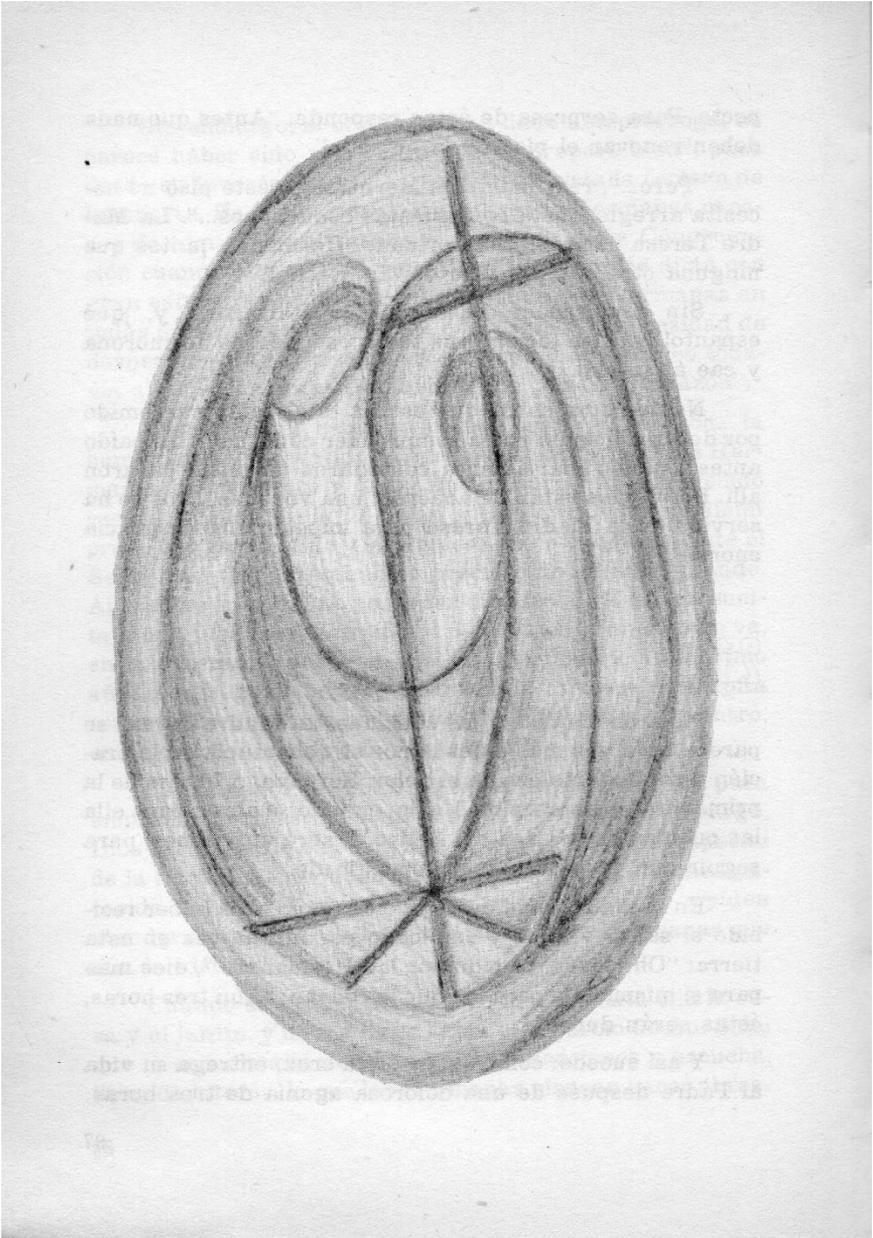
## 21

Pasaron los días y las semanas. La Madre Teresa se parece cada vez más a Jesús por su constancia en la oración y por su fortaleza en el dolor. Será mayo, el mes de la primavera plena, mes de María, cuando se abren para ella las puertas de la Casa del Padre. Y será un viernes, para seguir aún en esto a Jesús crucificado.

En la madrugada del nueve de mayo, tras haber recibido el santo Viático y suplicado por última vez en esta tierra: “Oh Jesús, te pido por las Hermanas...”, dice más para sí misma que para las que la rodean: “aún tres horas; éstas serán duras”.

Y así sucede: como Jesús en la cruz, entrega su vida al Padre después de una dolorosa agonía de tres horas.

Momentos antes, justo a tiempo para acompañarla en el momento de la partida, llega el Señor Nuncio. Se ha enterado de la gravedad del estado de la Madre Teresa y, siguiendo un fuerte impulso interior, ha dejado todo lo demás para acudir al Anger. Es él quien da a la Madre la



última bendición y a las Hermanas el primer consuelo. “Nunca”, afirma, “dejaré de dar gracias a Dios por haber podido presenciar esta muerte. Será para mí un estímulo para toda la vida”. Y, arrodillado en el suelo, besa las venerables manos de la Madre Teresa.

A la misma hora, a muchos miles de millas de distancia, en un pequeño orfanato americano, está la Hermana Edmunda remendando las ropitas de sus niños. Un terrible dolor de cabeza casi no le permite seguir adelante. No es raro que esto le pase; la Hermana Edmunda sabe soportar y disimular dolores. Pero esta vez casi sobrepasan sus fuerzas.

De pronto ve una luz tenue que llena la habitación. Casi sin darse cuenta, se pone de rodillas. Ante sus ojos aparece una mano muy delgada que pasa con un gesto incomparablemente suave y maternal por su frente, dibujando en ella tres cruces. Al momento desaparece como por encanto todo rastro de dolor, para no volver más.

Inmediatamente atraviesa el corazón de la Hermana Edmunda la certeza: la Madre Teresa; esto fue ella. Se ha ido al Cielo... Y las lágrimas de pena y gratitud bañan el rostro de aquella Hermana generosa y fiel, que, muchos años atrás, quería ofrecer su vida por salvar la de su querida Madre espiritual.

Entre tanto, la comunidad de la Casa Madre en Munich y cuantos pueden unirse a ella se disponen a confiar a la sepultura el cuerpo de esa mujer extraordinaria. Lo hacen con lágrimas, pues la separación cuesta, pero lo hacen también con profunda gratitud por tantas maravillas que el Señor ha obrado en ella y por ella.

La iglesia de Santiago del Anger, en el centro de Munich, tiene hasta hoy el privilegio de albergar los restos

de la Madre Teresa. Pero no sólo las Hermanas de la Casa Madre, sino, como dice una canción: “muchos pueblos, en muchos idiomas” bendicen hoy al Señor por ella y le piden que multiplique en ellos y en la Iglesia el espíritu que animó a la Madre María Teresa de Jesús Gerhardinger.

## PARA CONCLUIR...

“No me olvidaré de ustedes ante el trono de Dios”, prometió la Madre Teresa antes de partir.

Ha pasado mucho tiempo desde aquel 9 de mayo de 1879, pero ella cumple su palabra.

Hoy, la Congregación fundada por la Madre Teresa Gerhardinger está difundida en muchos países, en casi todos los continentes.

Muchas son las personas que, en uno u otro idioma, le cuentan sus necesidades y le piden: “Madre Teresa, ruega por nosotros”. Y no hay duda de que la Madre Teresa los atiende con corazón de Madre.

¿No quieres tú también probarlo?